

¿QUÉ LE DICE LA FILOSOFÍA DE LA EDAD MEDIA AL HOMBRE DE HOY?

César Oswaldo Ibarra²⁵

RESUMEN

El presente artículo recoge una reflexión sobre la actualidad y pertinencia de la filosofía de la Edad Media para el hombre de hoy. Se exploran algunos estereotipos que se han ido construyendo a lo largo de la historia sobre esta época y sobre la filosofía que produjo y se analizan algunas categorías generales en las que el pensamiento y, en cierto modo, las costumbres de la Edad Media pueden iluminar el ser y el quehacer del hombre y de la mujer de hoy. Este artículo es el inicio de actividades de la Línea de Investigación sobre el Pensamiento Filosófico Antiguo y Medieval del Programa de Filosofía de la Escuela de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades de la UNAD. La metodología escogida es la de seleccionar unos temas fronterizos entre las ideas y prácticas medievales y las situaciones actuales, con el fin de descubrir aquellos temas e ideas que podrían contribuir a la humanización y a la construcción de una sociedad digna y justa. Los descubrimientos iniciales en esta temática sirven de soporte al quehacer investigativo posterior que se hará desde la línea. Las conclusiones apuntan al rescate de la actualidad del pensamiento medieval para el hombre y la sociedad de hoy.

Palabras clave: academia, cruce de civilizaciones, Edad Media, filosofía medieval, integración de la ciencia, naturaleza.

Introducción

El abordaje de los temas de la Edad Media nos lleva a definir qué es la Edad Media y cuál es el papel que esta larga época juega en la historia de la filosofía. Ambas cuestiones son, de suyo, muy complejas y las pretensiones de este trabajo no pueden agotarlas, sin embargo, sí debemos clarificarlas de entrada para hacer más coherente el discurso que nos espera.

Cuando hablamos de la Edad Media, hablamos de una era que, dependiendo de cómo la ubiquemos, puede llegar hasta los mil años de duración, y se constituye en la época más larga que ha conocido la humanidad en Occidente. Para algunos autores, la Edad Media abarcaría un período de siete siglos (desde la irrupción del Islam en la actual España en el siglo VIII, hasta la caída de Constantinopla en manos del Imperio Turco en el siglo XV). Otros la ubican desde la muerte de San Agustín de Hipona, último Padre de la Iglesia, en el 430 hasta la Reforma Protestante en 1517, con lo que abarcaría casi 10 siglos.

Generalmente, se ha hecho un juicio bastante peyorativo de la Edad Media, entendida ésta como una transición entre la Edad Antigua y la Edad Moderna o, peor aún, como un período de oscurantismo en el que el predominio de la religión católica habría cegado el pensamiento occidental y habría frenado su progreso:

²⁵ Licenciado en Filosofía y Ciencias Religiosas de la Universidad Santo Tomás de Aquino, Bogotá. Especialista en Educación, Cultura y Política UNAD. Magíster en Educación de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Docente Universitario y Par Académico del Ministerio de Educación Nacional. Docente auxiliar UNAD y de cátedra de la Universidad Mariana de Pasto. Correo: cesar.ibarra@unad.edu.co.

La Edad Media ya no es lo que era. Cuando se acuñó el término en el siglo XVI, no sólo estaba en latín sino también en singular (*médium aevum*), y se refería a un período de mil años de duración, esencialmente indiferenciado, que separaba la Antigüedad Clásica del Renacimiento. Además, este período acarrea el estigma de un juicio de valor tan negativo que el adjetivo “medieval” pasó a utilizarse como sinónimo de “oscuro”, “ignorante”, “bárbaro” u otros términos semejantes (Little & Rosenwein, 2003, p. 13).

Y si así se ve la época, así mismo se ve la filosofía de la época. Cuando autores como Hegel o como Dilthey escriben la historia de la filosofía, se explayan en la filosofía griega y en la moderna y pasan de un salto a la filosofía de la Edad Media, como si fuera fácil brincarse un período de nada menos que mil años.

La pregunta que subyace a este artículo es la que plantea el título del mismo: ¿Qué le dice la filosofía de la Edad Media al hombre de hoy? En últimas, para qué sirve la filosofía medieval y en qué nos puede ayudar el conocer la forma como vivieron y pensaron hombres e instituciones que, aparentemente, están tan lejos de nosotros, como los seiscientos años que nos separan de ellos.

De manera que este artículo tendrá que lidiar con lectores que, generalmente, miran con indiferencia o con desdén a esa época y a esa filosofía y que, probablemente, no alcanzan a ver la manera que autores tan lejanos y tan extraños como Pedro Abelardo o Avicena o Santo Tomás, puedan influir en sus vidas. Sin embargo, aún a riesgo de arar en el mar, se quieren presentar algunos temas fronterizos entre la filosofía medieval y la vida del hombre actual.

Quaestio

Los temas que vamos a tratar en esta parte y los cuales presentamos como las *Quaestio* medievales, al estilo de Santo Tomás, son temas acuciantes para el hombre de hoy y que, de alguna manera, ya trataron los filósofos y místicos medievales. Lo que se quiere es que reflexionemos sobre lo que hacemos y sobre lo que somos, tomando como punto de referencia lo que ellos pensaron y lo que hicieron en su tiempo para dar respuesta a sus propias necesidades.

En primer lugar, hablaremos del cruce de civilizaciones y de culturas y de las relaciones entre lo global y lo local, que es un tema vigente, especialmente en la Europa actual, en la que se están oyendo voces que apuntan a la discriminación de las otras culturas, como en el caso de la prohibición del velo musulmán en Inglaterra o en Francia o de la quema del Corán en Estados Unidos, o como la expulsión de los gitanos en Francia, hechos que registran los diarios no del siglo XIII sino los de ayer o de anteayer.

El segundo tema que vamos a tratar es la disgregación de la ciencia, propia de la hiperespecialización a la que estamos llegando (médico especialista en dolencias del talón de Aquiles) y la forma en que algunos autores medievales, como San Alberto Magno, pudieron integrar la ciencia, al punto de llegar a convertir sus conocimientos en conocimientos casi enciclopédicos. No diremos que eso sea lo ideal pero diremos que la disgregación total tampoco lo es.

El tercer tema a tratar será el de la rigurosidad académica, tan propia de la intelectualidad del Medioevo y tan extraña a la academia actual en la que el *Copy and Paste* se está volviendo cultura.

El cuarto tema sobre el que disputaremos en la sección *Disputatio* de este artículo es el de la vuelta a la academia como eje integrador de la cultura y de la ciencia. En un mundo que gira en torno al dinero, será muy interesante que veamos cómo era la universidad de la Edad Media que, entre otras cosas, es la universidad primigenia y qué nos dicen al respecto sus principales autores.

Finalmente, trataremos el tema de la naturaleza como objeto de estudio por parte de los filósofos medievales y como objeto de contemplación de uno de los mayores místicos que produjo la Edad Media. La grave crisis ambiental que atraviesa el mundo actual, hace que ese tema sea insoslayable a la filosofía de hoy de la misma manera que lo fue a la filosofía y al pensamiento del Medioevo.

Disputatio

Cruce de civilizaciones y de culturas: un mundo global y deslocalizado

Cuando una persona piensa en la Edad Media seguramente piensa en monjes, catedrales y cruzadas, como si hubiera sido un mundo monocolor en el que la omnipresencia y omnipotencia de la Iglesia Católica hubiera ahogado cualquier resquicio de heterodoxia o de multiplicidad cultural. Y, por lo mismo, cuando alguno piense en filosofía medieval pensará igualmente en filósofos-teólogos y en filósofos católicos que se devanan el cerebro con discursos etéreos elaborados en un latín cada menos conocido para todos nosotros. Nada más lejano a la realidad...

La Edad Media conoció un interesante cruce de civilizaciones y de culturas; en las ciudades medievales concurrían barrios judíos o juderías y barrios musulmanes o morerías, muchos de ellos a la sombra de las grandes catedrales góticas del Medioevo. Lo mismo en filosofía: junto al gran Santo Tomás de Aquino, tenemos que citar a los grandes filósofos judíos y árabes: Avicena, Avicibrón, Maimónides y otros tantos, que si bien no están a la altura del Príncipe de la filosofía cristiana, que es el Aquinate, sí le dieron al mundo occidental una de sus más grandes riquezas: el tesoro de los escritos de Aristóteles, que ellos y los monjes cristianos guardaron en tiempos de barbarie y que legaron a Occidente, al darnos en el Estagirita, uno de los pilares de nuestra cultura y de nuestra esencia. La recuperación de Aristóteles para la cultura occidental es una deuda que tenemos con los filósofos árabes y judíos de la Edad Media, pero muchos o lo ignoran o lo han olvidado.

El redescubrimiento de Aristóteles, cuyas obras se habían perdido en medio de la decadencia del Imperio Romano y el inicio del mundo cristiano, permitió el florecimiento de las tres grandes filosofías medievales: la cristiana, la musulmana y la judía. Las obras de Aristóteles son el cruce que permite que estas tres grandes civilizaciones encuentren un tema y una preocupación comunes, como bien lo expresa Etienne Gilson, cuando dice que la filosofía en la Edad Media:

Largamente preparada por lo antiguos, la filosofía acaba de recibir, en cuanto a lo esencial, su forma definitiva. No es ni la de Platón, ni la de Aristóteles, sino más bien aquello en que una y otra han quedado al integrarse al cuerpo de la sabiduría cristiana. ¡Otras muchas han sido incorporadas con ellas! La filosofía de los cristianos no es la única en decir que sigue a la Biblia y a los griegos: un filósofo judío, como Maimónides; un filósofo musulmán, como Avicena, llevaron por su parte una obra paralela a la que los mismos cristianos perseguían. ¿Cómo no ha de haber estrechas analogías,

hasta un verdadero parentesco entre doctrinas que trabajan sobre los mismos materiales filosóficos y declaran proceder de una misma fuente religiosa? De modo que la filosofía cristiana en la Edad Media no es solidaria únicamente de la filosofía griega; los judíos y los musulmanes le sirven tanto como los Antiguos (Gilson, 2004, p. 364).

Esta convivencia de culturas (árabe, judía y cristiana), no se entiende solo como una yuxtaposición de culturas. Hablamos de un verdadero diálogo intercultural que enriqueció a cada cultura y que le dio a Occidente un talante propio, una forma de ser. En ese sentido, y hablando de la influencia judía en el mundo medieval, dice Mircea Eliade que: “más que de influencias, se trata sobre todo de un diálogo continuo entre los pensadores judíos y los representantes de los diversos sistemas filosóficos de la Antigüedad pagana, del Islam y del cristianismo. Este diálogo se tradujo en el enriquecimiento mutuo de los interlocutores” (Eliade, 1992, p. 213).

Y como la finalidad de este escrito es la de encontrar puntos de encuentro entre el Medioevo y su filosofía, y el hombre de hoy con sus propios problemas y sus propias preocupaciones, digamos algo sobre lo que está pasando entre nosotros. El mundo medieval fue lo que fue por la confluencia de grandes civilizaciones y de filosofías de origen diverso pero con unas mismas fuentes y preocupaciones. Lo que somos nosotros, y lo que es en general la cultura occidental, es el resultado de ese cruce de civilizaciones, pero hoy asistimos a fenómenos muy extraños y que uno esperaría más de la Edad Media que del “civilizado” mundo moderno, veamos:

- “Decenas de neoyorquinos han desplegado este domingo sus pancartas de protesta entre la 'zona cero' y el viejo edificio de Park Place donde está proyectada la construcción el polémico centro islámico” (Fresneda C. 2010, 22 de agosto).
- Los diputados franceses aprobaron el martes por aplastante mayoría el proyecto de ley impulsado por el gobierno de Nicolás Sarkozy destinado a prohibir el uso del velo islámico (burka y niqab) en oficinas y espacios públicos (AFP. 2010, 13 de julio).
- Prohíben crucifijo a conductores de tranvía en Ámsterdam (Van Eerten. 2009, 14 de diciembre).
- Francia expulsa a los gitanos de origen búlgaro y rumano (Foix. L. 2010, 27 de agosto).

Estos ejemplos, tomados de artículos periodísticos, nos hablan de las dificultades que tiene el hombre actual para asegurar la convivencia de distintas civilizaciones y creencias religiosas en algunos países, extrañamente en algunos de los más avanzados del primer mundo (Estados Unidos, Francia y Holanda). Prohibir es el verbo que prima: negarse a aceptar al otro como legítimo otro, que diría Maturana. Pretender que hay una sola forma de ver la vida, la propia, y no aceptar la mirada del otro o de los otros.

No estamos hablando de la Edad Media, estamos hablando del siglo XXI y del hombre de hoy, que pasa por civilizado, que reclama y defiende los derechos humanos y los derechos de los animales y que, sin embargo, se traga los derechos de los otros, prohibiéndoles ser distintos o que piensen distinto a aquella cultura hegemónica de cada uno de esos países. Y lo triste es que no son excepciones, se van volviendo norma violaciones como éstas que van dejando muy malparada a la civilización occidental.

El mundo de la Edad Media, a pesar de sus imperfecciones, podría, en este punto preciso, darle unas cuantas lecciones al mundo actual, lecciones de convivencia, lecciones de diálogo

intercultural, interreligioso e interracial. Solo podremos decir que somos civilizados cuando entendamos que el mundo no es solo nuestro y que no estamos solos y que hay muchas más culturas, más civilizaciones y muchas más religiones que las que podemos ver cuando solo nos miramos a nosotros mismos y no miramos a los otros como legítimos interlocutores.

De la disgregación de la ciencia a la integración de la ciencia:

La filosofía es la madre y origen de todas las ciencias, como lo reconoce claramente Ferrater Mora: “la relación entre filosofía y la ciencia es de índole histórica: la filosofía ha sido y seguirá siendo la madre de las ciencias, por ser aquella disciplina que se ocupa de la formación de problemas, luego tomados por la ciencia para solucionarlos” (Ferrater, 2004, p. 546). A partir de la filosofía, ciencia primigenia y fundante de la civilización occidental, se fueron desprendiendo las otras ciencias que formaron el conocimiento occidental, comenzando por la teología, la cual quiso usar, en un primer momento, a la filosofía, hasta pretender convertirla en su esclava (*ancilla theologiae*), pero que finalmente alcanzó su propio estatuto con Ockham, hasta llegar a la situación actual de la ciencia, que bien podríamos definir como “laberíntica”, en el sentido de que hemos llegado a unos extremos de la hiperespecialización en la que nadie sabe nada ni siquiera de su propia profesión.

La tradición “científica” que se remonta, al menos, al siglo XIX y es hija de un exagerado racionalismo, condujo a una división en parcelas del conocimiento global del que esas parcelas formaban parte. El desarrollo disgregado de las disciplinas ha conducido, a lo largo del siglo XX, a una hiperespecialización loca que ha roto la unidad del pensamiento, llevándonos a la incompreensión de la realidad (Alcina, 2005, p. 409).

Y estas parcelas, de las que habla Alcina, se fueron convirtiendo en cuartos estancos en los que nada nuevo entra y de los que nada nuevo sale, a no ser una más exagerada hiperespecialización. Hemos llegado así, a lo que Morin llama “El Reino de los Especialistas”: “El reino de los especialistas es el reino de las ideas generales más vacías y la más vacía de todas es que no es necesaria ninguna idea general” (Morin, 2001, p. 130). No podemos olvidar que la realidad es compleja y que no podemos pretender que se tengan partes de la realidad para tratarlas de forma especializada o hiperespecializada, sino que debemos verla como un todo que requiere un análisis que encuentre respuestas concretas a los problemas de fondo y eso no lo pueden hacer las ciencias sueltas, tiene que ser una respuesta de la ciencia como un todo.

Algunas de las palabras que usamos, como sofismas, para tratar de encontrar un camino que nos permita encontrar un sentido global a lo que hacemos son las de “multidisciplinariedad”, “interdisciplinariedad” o “transdisciplinariedad”, palabras huecas que lo que dicen en el fondo es que hemos perdido la visión del todo, el objetivo general de nuestro quehacer científico, perdido en una larga lista de sub-objetivos de los objetivos específicos de ciencias específicas que ocupan pequeñas celdillas en los cuartos estancos de la hiperespecialización.

No vamos a decir que todo en la Edad Media ha sido perfecto, ni más faltaba. La Edad Media, como todos los tiempos, fue un tiempo de luces y de sombras (como nuestro tiempo, en el que se cruzan la Madre Teresa de Calcuta con Hitler o con Bush). Sin embargo, podemos tomar como referencia, no necesariamente como modelo, la forma como la ciencia medieval buscaba integrar los conocimientos. No podemos olvidar, tampoco, porque sería hartamente injusto, los aportes que

hizo la modernidad al pensamiento occidental y que ayudaron, en muchos casos, a mejorar varias posiciones de la intelectualidad del Medioevo.

La madre de las ciencias era, como se ha dicho, la filosofía. De ella y hacia ella confluían todas las ciencias. En algún momento se quiso poner a la filosofía como sirvienta de la teología (*Ancilla theologiae*), sin embargo, la filosofía salió airosa y se mantuvo como ciencia propia. Pero, como hemos visto, con el correr de los siglos, la filosofía se fue quedando como al margen, mientras se iban multiplicando como hijas legítimas, ilegítimas, bastardas y hasta como abortos, las ciencias y las pseudociencias que, olvidando a su buena madre, creían tener estatuto propio e independiente de la filosofía, la madre común.

En la Edad Moderna se produjo un caos tan grande en el campo del desarrollo científico que uno de los historiadores de la filosofía ha podido afirmar que:

El espíritu de la edad moderna, comparado con el espíritu de la antigua filosofía, y sobre todo con la medieval es mucho más movido y libre pero a la vez está más disperso y es más difícil de captar de un golpe de vista; su disgregación y multiplicidad son a veces desconcertantes (Hirschberger, 1982, p. 155).

Así como en la Edad Media la filosofía era el sustrato que originaba y sustentaba a las demás ciencias, es preciso que hoy busquemos un lugar común que nos permita sustentar todo lo que hacemos y que nos permita encontrar un sentido existencial a la ciencia, puesta al servicio no de sí misma sino puesta al servicio del hombre y de la mujer que lo que buscan es respuestas y no más preguntas. *La rigurosidad académica: lo que va de Santo Tomás al Copy and Paste*

Hace unos meses, la comunidad académica colombiana se sobrecogió ante la primera sentencia contra una docente universitaria, acusada de plagio, por haber copiado un trabajo de grado de una estudiante y por haberlo publicado en una revista científica. “La profesora plagió varios apartes de la tesis de grado sobre Giovanni Guessep de Rosa Londoño, dirigida por el profesor Maffla, y los publicó en un artículo en la revista mexicana *La Casa Grande*” (Jaramillo, M., 2010, 6 de septiembre).

Evidentemente, las cosas no son tan simples en este caso. En su defensa, la profesora ha asegurado que muchas de las cosas que aparecen en su artículo son ideas suyas, que ella misma enseñó en el aula y que luego la estudiante vertió en su tesis. Sin embargo, la polémica que desató este acontecimiento, nos deja vislumbrar el tenor del problema.

La experiencia diaria nos recuerda esta realidad palmaria, esta verdad de a puño: pertenecemos a la generación del *Copy and Paste*, a la generación *light*, a lo que todo se le ha permitido y que no tiene ningún escrúpulo a la hora de apropiarse de lo que Internet le brinda a manos llenas.

La Edad Media, por el contrario, es rica en lo que podríamos llamar “rigurosidad académica”. El simple desarrollo de una clase por parte de un maestro medieval, es de por sí, muy dicente:

En los debates formales, el maestro presentaba una tesis. Acto seguido, el propio maestro o cualquiera de los presentes, planteaba objeciones a dicha tesis, que seguía defendiendo un profesor más joven (*baccalarius*), respondiendo a las preguntas. En la clase siguiente, el maestro resumía el tema, volvía a anunciar la tesis, escogía los argumentos en contra y presentaba su conclusión personal, refutando, al mismo tiempo las nuevas objeciones que se le planteaban (Boorstin, 1999, p. 105).

El conocimiento medieval no es producto del plagio y de la mediocridad, sino que es resultado de una rigurosidad total, en la que cada tema es tratado con una delicadeza rayana en el escrúpulo. Nada escapa al rigor, por ejemplo en un Santo Tomás de Aquino. Este prolífico autor podía no solo dictar la misma obra a varios secretarios (lo cual no tiene mayores dificultades), sino que podía dictar a varios secretarios al mismo tiempo, obras sobre temas diversos, como si fuera un jugador de ajedrez en un torneo simultáneo contra varios jugadores al tiempo, sin necesidad de acudir a otra fuente que no fueran su prodigiosa inteligencia y su memoria proverbial.

No vamos a decir, tampoco, que esta rigurosidad fuera exclusiva de la Edad Media, métodos semejantes, en los que se refleja el rigor científico podemos encontrar tanto en el medioevo como en la modernidad e, incluso en la contemporaneidad. Sin embargo, no podemos hacer a un lado este problema que plantea muchos desafíos al trabajo docente en la actualidad.

Recuperar esa rigurosidad en el mundo académico será el primer paso para llegar a la anhelada calidad de la Educación Superior. Enseñar a pensar y enseñar que el conocimiento es universal pero que hay unas normas éticas a la hora de transcribir las ideas ajenas, es una tarea urgente en la educación actual y en eso haríamos bien en mirar hacia atrás, a ese tiempo que algunos llaman oscurantista, pero en el que los escritores escribían y no copiaban y si copiaban, citaban.

Vuelta a la academia: la universidad como eje integrador

Ninguna otra época, como la Edad Media, ha sido vista con tantos estereotipos y prejuicios. El solo hecho de que la influencia de la Iglesia Católica en ese tiempo haya sido tan decisiva y, para decir lo menos, exagerada, hace que muchos la vean con desconfianza y susceptibilidad. Sin embargo, la Edad Media produjo algunos de los fenómenos culturales e intelectuales más importantes de la historia y fue un tiempo de una producción intelectual tan vasta como lo fue la inteligencia de sus mejores hombres.

Muchos, a modo de ejemplo, no saben o no quieren saber que la universidad es hija de la Edad Media. Con toda seguridad ese fue el mayor legado que dejó el medioevo a la cultura occidental:

La universidad es probablemente la institución que expresa mejor el espíritu medieval de la época; porque no era simplemente una escuela donde se enseñaba un número de disciplinas, sino que era la institución más representativa de ese período y hecha a imagen suya. Nunca la vida intelectual de los pueblos de Europa tuvo un órgano tan definido y tan universalmente reconocido, y sobre todo tan apropiado a su función (Lyanga, 2000, p. 11).

Efectivamente, la universidad no era, como dice el autor, un conjunto de disciplinas, como lo es en muchos casos de nuestra actualidad. Era toda una institución y la vida cultural, social y académica giraba en torno a ella. No es sino recordar las grandes disputas teológicas entre franciscanos, dominicos y profesores seculares en la Universidad de París para recordar la enorme vitalidad de esos días. “Para nuestro espíritu no creyente, resulta asombroso comprobar cuánto vigor y vitalidad intelectual, cuánto deleite en el descubrimiento podían encerrarse dentro de los límites de lo revelado” (Boorstin, 1999, p. 107).

Nosotros no alcanzamos a imaginar una universidad así, porque nos ha tocado estudiar o trabajar en universidades que no miran hacia fuera sino que se contentan con mirarse su propio ombligo,

creyéndose que son la mejor universidad del mundo, sin darse cuenta que las mejores universidades del mundo no lo son por estarse preocupando o soñando por serlo, sino porque lo son en verdad, con investigación, con producción, con inversión económica, con cobertura y con calidad. Pero todo lo anterior no solo en la retórica, sino, como debe ser, en la práctica.

Y la universidad medieval no es una universidad cuadrículada, de monjes y de frailes que caminan rectamente conforme a la ortodoxia católica. También hay espacios para la heterodoxia e incluso para uno que otro “desordenado”, como Pedro Abelardo, que ha protagonizado un verdadero “novelón” al enamorar, seducir y embarazar a la sobrina de un eminente clérigo, pecado por el cual será castrado por los sicarios del ofendido. Abelardo es un verdadero genio y su aporte a la lógica fue definitivo. El hecho de que, con estos antecedentes morales pudiera mantenerse en la universidad “es un indicio de la libertad de pensar que entonces existía por principio, el que su prestigio como ‘maestro’ siguiera siendo grande y que entre sus discípulos se contarán hombres destacados de la Edad Media” (Hirschberger, 1982, p. 111), incluso algunos que llegaron a ser papas y grandes prelados de la misma Iglesia se cuentan entre sus discípulos.

La naturaleza, objeto de estudio, de estética y de mística:

Como justamente corresponde a hombres de nuestro tiempo, no podemos terminar nuestra reflexión sin un tinte ecologista. No estaría bien que lo dejáramos a un lado. Tenemos que hablar, ya que poco hacemos, de lo que puede ser el fin del mundo: o volvemos los ojos a la naturaleza para reintegrarle su perdido equilibrio, o nos extinguimos como especie. El fin de la humanidad, paradójicamente, no lo producirá la Tercera Guerra Mundial como ingenuamente creíamos algunos, no... Los jinetes del apocalipsis probablemente no alcancen a llegar... El mundo lo acabaremos nosotros mismos, porque no hemos sido capaces de cuidarlo.

Hemos usado y abusado de los bienes de la naturaleza, prácticamente hasta agotarlos y no nos hemos detenido a pensar en los límites del medio ambiente. Y ahora, cuando todo parece perdido, se ha despertado en nosotros una conciencia que nos dice que si no nos movemos, pereceremos:

La incertidumbre es el signo de nuestro tiempo. Y la pérdida de una relación respetuosa con el medio, una de las manifestaciones más graves que padecemos. Si miramos a nuestro alrededor, no faltan signos de índole natural o, más frecuentemente, de origen socioeconómico que nos muestran aquí y allá graves desórdenes y caos en las relaciones hombre-medio, a las que enmarcamos de manera genérica dentro de la denominada crisis ambiental (Cabero, 2006, p. 11).

El medioevo nos muestra dos personajes, grandes, el uno por su proverbial inteligencia y el otro por su proverbial sencillez: San Alberto Magno y San Francisco de Asís, el uno teólogo y filósofo y el otro, místico y ecologista, como diríamos ahora.

San Alberto Magno es uno de los grandes filósofos de todos los tiempos pero, lo que nos interesa ahora, uno de los primeros naturalistas de occidente. Él, como Isidoro de Sevilla, compendia en su cerebro todo el conocimiento que podía adquirirse en su tiempo, era lo que llamamos un conocimiento enciclopédico. Nada escapaba a su profunda inteligencia y a su enorme capacidad. Botánico y químico, Alberto Magno dejó una parte de sus enormes capacidades para el estudio de la naturaleza y otra para las disquisiciones de la filosofía y de la teología. Pero no contento

con eso, “Alberto llevó el estudio de la naturaleza (a través de los textos aristotélicos) a las universidades cristianas. Introdujo en ellas su concepción personal del “experimento” e insistió en el valor del conocimiento, pues en su opinión la razón y la fe tenían una relación inevitablemente armoniosa” (Boorstin, 1999, p. 110).

Conocer la naturaleza y servirse de ella sin destruirla, podría ser una gran enseñanza de este genio del Medioevo, que bien podría aprovechar el hombre de hoy. La sostenibilidad y la sustentabilidad no pueden reñir con el cuidado de los bienes de la naturaleza que, como bien lo sabemos, no son eternos...

San Francisco de Asís no es un filósofo de las profundidades de Santo Tomás o de San Alberto Magno, al contrario, es un hombre simple que a duras penas sabe leer y escribir. Y, sin embargo, es más conocido y más querido que toda la legión de santos, filósofos, teólogos, botánicos, alquimistas, curanderos y enciclopedistas de toda la Edad Media... ¿Por qué? Porque conjuga la simplicidad del verdadero cristianismo con el respeto de aquellas criaturas a las que él llamará sus “hermanos” y sus “hermanas”:

Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas, especialmente el señor hermano sol, el cual es día, y por el cual nos alumbras. Y él es bello y radiante con gran esplendor, de ti, Altísimo, lleva significación. Loado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas, en el cielo las has formado luminosas y preciosas y bellas. Loado seas, mi Señor, por el hermano viento, y por el aire y el nublado y el sereno y todo tiempo, por el cual a tus criaturas das sustento. Loado seas, mi Señor, por la hermana agua, la cual es muy útil y humilde y preciosa y casta. Loado seas, mi Señor, por el hermano fuego, por el cual alumbras la noche, y él es bello y alegre y robusto y fuerte. Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la madre tierra, la cual nos sustenta y gobierna, y produce diversos frutos con coloridas flores y hierba (Franciscanos.org, 2010, Escritos de San Francisco de Asís).

Puede parecer ingenuo, pero por andarnos de muy complejos es que nos hemos dejado que todo se dañe. Si todos viéramos a la tierra como a nuestra madre y a las criaturas como a nuestras hermanas, con toda seguridad que las cosas serían distintas para la pobre naturaleza y para nosotros, pobres, que si no nos movemos a recuperar lo que hemos perdido, lo perderemos todo, incluso la vida... Si dejáramos de ver los bienes de la naturaleza como mercancías, como objetos de consumo, y los viéramos como hermanos, con toda seguridad que las cosas serían distintas...

Determinatio

Vamos a concluir. Las “*determinatio*” eran, en la Edad Media, las conclusiones que definía el maestro (magíster dixit), aunque creemos que por ser solo una aproximación temática a las relaciones que se pueden dar entre la filosofía de la Edad Media y el hombre de hoy, más que conclusiones lo que vamos a insinuar son pistas para seguir reflexionando:

- La Edad Media y la Filosofía de la Edad Media son las grandes incomprendidas de la historia. Hay muchos estereotipos y prejuicios que no permiten aprovechar los conocimientos y enseñanzas de este tiempo, el más largo de la historia.

- La Filosofía y la praxis de la Edad Media tienen mucho que decir al hombre y a la sociedad de hoy en muchos campos de la vida social, cultural y política. Si bien, la modernidad y la contemporaneidad han hecho grandes aportes en estos campos, que no podemos olvidar, la Edad Media es rica en contribuciones que nos pueden ayudar a mejorar nuestra concepción del mundo.
- La Edad Media conoció el desarrollo armonioso y exitoso de culturas y filosofías tan diversas pero, al mismo tiempo, tan complementarias y originadas todas de una misma fuente, como la cristiana, la judía y la árabe. En contraste, actualmente se siguen dando formas de discriminación y exclusión que ponen en duda la supuesta racionalidad del hombre actual.
- La disgregación de la ciencia ha conducido a la hiperespecialización y se ha perdido de vista el sentido profundo de la historia humana y del sentido de la existencia del hombre y de la sociedad. Durante la Edad Media y en buena parte de la Modernidad, la filosofía, fue el gran referente que permitió la armonía de la ciencia.
- Los filósofos de la Edad Media se caracterizan por su rigor académico y por la forma metódica en que llegan a sus conclusiones, a diferencia de nuestro tiempo, marcado por el facilismo y por una cultura *light*, que no tiene empacho en hacer del *Copy and Paste* una de sus mayores herramientas intelectuales.
- Al comparar la universidad de la Edad Media con la universidad de hoy, se manifiesta la urgente necesidad de volver a hacer de la universidad, el eje integrador de la ciencia, de la cultura y de la vida social.
- La forma en que los filósofos y místicos medievales se relacionan con la naturaleza, puede ser una pista muy interesante para encontrar caminos de salida a la actual crisis ambiental, la cual, de no ser atendida rápida y eficientemente, puede conducir al fin de la especie humana y de la vida misma.

BIBLIOGRAFÍA

- AFP. (2010, 13 de julio), Diputados franceses aprueban prohibir el velo islámico. La Jornada. Recuperado el 1 de septiembre de 2010 de <http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2010/07/13/diputados-franceses-aprueban-prohibir-el-velo-islamico>.
- Alcina, J. (2005), Justicia y libertad. La larga marcha hacia un destino incierto. Sevilla: Diseño Sur.
- Boorstin, D. J. (1999), Los pensadores. Barcelona: Crítica.
- Cabero, V. (2006), Sociedad y medio ambiente. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Eliade, M. (1992), Historia de las ideas y las creencias religiosas, III. Barcelona: Paidós.
- Ferrater, J. (2004), Diccionario de Filosofía, A-D. Barcelona: Ariel.

- Foix, L. (2010, 27 de agosto). Francia expulsa gitanos. La Vanguardia.es. Recuperado el 1 de septiembre de 2010 de <http://www.lavanguardia.es/lv24h/20100827/53990733990.html>.
- Franciscanos.org. (2010), Escritos de San Francisco de Asís. Recuperado el 1 de septiembre del 2010 de <http://www.franciscanos.org/esfa/escritossf.html#cant>.
- Fresneda, C. (2010, 22 de agosto). Decenas de neoyorquinos se manifiestan contra la mezquita en la Zona Cero. El Mundo.es. Recuperado el 1 de septiembre de 2010 de http://www.elmundo.es/america/2010/08/22/estados_unidos/1282497653.html.
- Gilson, E. (2004), El espíritu de la filosofía medieval. Madrid: Rialp.
- Hirschberger, J. (1982), Breve historia de la filosofía. Barcelona: Herder.
- Iyanga, A. (2000), Historia de la universidad en Europa. Valencia: Martín Impresores.
- Jaramillo, M. (2010, 6 de septiembre), El caso del plagio de Luz Mery Giraldo. Noticias.com.co. Recuperado el 1 de septiembre de 2010 de <http://www.noticias.com.co/2010/06/30/sobre-el-caso-de-plagio-de-luz-mery-giraldo/>
- Little, K. & Rosenwein, B (2003), La Edad Media a debate. Madrid: Akal.
- Morin, E. (2001), Los siete saberes necesarios para la educación del futuro. Barcelona: Paidós.
- Van Eerten, T. (2009, 14 de diciembre), Prohíben crucifijo a conductores de tranvía en Ámsterdam. I Ámsterdam. Recuperado el 1 de septiembre de 2010 de <http://www.rnw.nl/espanol/article/proh%C3%ADben-crucifijo-conductores-de-tranv%C3%AD-en-%C3%A1msterdam>.

